

Hometown Associations: las organizaciones de salvadoreños en Los Ángeles y su reto al imaginario nacional*

Beatriz Cortez**

Las olas migratorias de salvadoreños que llegaron a los Estados Unidos aumentaron considerablemente durante los años ochenta a consecuencia del recrudecimiento de la guerra civil en El Salvador. Muchos de estos salvadoreños se establecieron en Los Ángeles y generaron un movimiento de solidaridad que les permitió darle sentido a su trabajo a partir de un discurso de liberación que tenía como fundamento el imaginario de la nación. Sin embargo, a partir del final de la guerra civil, y como consecuencia del aumento de la población de salvadoreños inmigrantes en la ciudad de Los Ángeles, poco a poco se ha hecho imprescindible la reelaboración de la identidad de los salvadoreños y de su idea de nación. Hay dos diferencias fundamentales entre el movimiento de solidaridad en Los Ángeles de los años ochenta y las actuales organizaciones de inmigrantes salvadoreños en esta ciudad. Por un lado, tener fuera de El Salvador a más de un cuarto de la población, necesariamente ha desterritorializado el concepto de nación para este país, lo cual ha puesto en tela de juicio la formulación que se manejaba en los años ochenta. Por otro lado, la firma de la paz generó nuevas dinámicas culturales y organizativas entre la población de inmigrantes, lo cual propició un cambio en la forma como se piensa la identidad del inmigrante: ésta ya no únicamente se define en términos de su relación con la nación (El Salvador), sino también en términos de la región (Centroamérica) y en términos del espacio local, o el municipio de origen.

Por consiguiente, las organizaciones de salvadoreños que surgieron en los años ochenta como parte del movimiento de solidaridad que estaba ligado a la guerra, necesariamente han experimentado un proceso de reelaboración.

* Una versión de este texto fue presentada durante la Segunda Conferencia Binacional de Asociaciones Salvadoreñas y Desarrollo Local, Cojutepeque, El Salvador, en septiembre de 2005.

** Directora del Programa de Estudios Centroamericanos de la Universidad Estatal de California, Northridge, Estados Unidos. Correo electrónico: beatriz.cortez@csun.edu.

Este proceso de reelaboración puede ilustrarse por medio de la forma en que CARECEN, que anteriormente fue el Central American Refugee Center, se ha transformado hoy en el Centro de Recursos Centroamericanos. Sus proyectos e iniciativas también ilustran este proceso, pues, en la actualidad, el Centro ofrece programas apropiados para las necesidades de los salvadoreños y centroamericanos inmigrantes en Los Ángeles: ayuda legal, asistencia en los procesos de legalización, programas de capacitación y educativos, así como espacios que han convertido a la organización en un verdadero centro cultural para los centroamericanos. Otras organizaciones centroamericanas y/o salvadoreñas en Los Ángeles también formulan sus propuestas apropiadas para el momento. SALEF, por ejemplo, es decir el Salvadoran American Leadership and Educational Fund, tiene como centro de sus actividades la promoción de programas educativos y becas, así como de programas de internado que promueven la educación entre la juventud. Además, SALEF ha formado parte activa en la elaboración de un comité que ha hermanado a las ciudades de San Salvador y Los Ángeles. Este programa de hermanamiento de las dos ciudades, donde habitan el mayor número de salvadoreños en el mundo, es significativo, porque conglomeraba a los salvadoreños residentes en Los Ángeles alrededor de un concepto alternativo al de la nación. Y también porque presenta una opción para que éstos puedan reelaborar su identidad a partir del espacio local y del imaginario de su ciudad de origen.

Entre el resto de la población de inmigrantes salvadoreños, originarios de otros espacios al interior del país, comenzaron a surgir *Hometown Associations*, o asociaciones de salvadoreños, que trabajan por el bienestar de sus municipios de origen y que poco a poco han ido elaborando proyectos para el desarrollo local de sus municipalidades. De esta manera, el concepto tradicional de la nación como territorio, y del inmigrante como un sujeto nacional se problematizan todavía más, pues, a partir de su participación en estas organizaciones, su identidad se construye más

bien en términos de su localidad de origen y no de su nación. Aunque estas organizaciones han proliferado por todos los Estados Unidos, Los Ángeles es, por supuesto, su punto de mayor concentración. Baste recordar las movilizaciones del 25 de marzo y del 1 de mayo de 2006 para tener una idea no solamente de sus números, sino también de la visibilidad que ha ido alcanzando esta población entre la conglomeración general de latinos en la ciudad. Desde mi llegada a Los Ángeles en agosto de 2000, he tenido la oportunidad de ver surgir y de participar activamente en las actividades y proyectos de las *Hometown Associations*. Mi objetivo para este ensayo es, por lo tanto, analizar la forma en que los salvadoreños en Los Ángeles se organizan en la actualidad a partir de su imaginario local, y en una dinámica que contribuye a la desterritorialización de la nación y que cuestiona su definición.

Un país que nunca existió

Quiero abordar la discusión sobre el tema de migraciones y la experiencia de los salvadoreños en la ciudad de Los Ángeles a partir de una de las aseveraciones que numerosas veces se hace en el *Informe sobre desarrollo humano El Salvador 2005. Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las migraciones*, de la oficina del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de El Salvador. Es la idea de que “las migraciones han contribuido a crear un El Salvador todavía desconocido: mientras tanto, se continúa diagnosticando y planificando un país que ya no existe” (p. 8). Me parece importante desconstruir esta idea en la medida que presupone varias cosas. En primer lugar, que alguna vez existió el país que ha circulado en el discurso de la nación, y que ha sido a partir de las migraciones recientes que ha dejado de existir como tal, que se ha vuelto desconocido. Es importante considerar esta idea desde una perspectiva crítica pues, de hecho, el país que se construyó y que se diseminó a partir del discurso ligado al movimiento de independencia tampoco existía: no era un país que comprendiera la diversidad de grupos étnicos, ni la diversidad de culturas que forman parte de su acervo, ni un país que re-

flejara las prácticas cotidianas de su población. Fundamentalmente, era un país que reflejaba la ideología liberal de un sector bastante reducido de la población, cuya afiliación cultural de hecho era extranjera: su corazón estaba en Europa.

En segundo lugar, presupone que de hecho hay un nuevo país que sí existe y que debemos conocer. Para el caso de los inmigrantes, se articulan opciones institucionalizadas para su conocimiento, tales como el programa “Conoce tu país”. Se trata de un El Salvador que, a pesar de su carácter transnacional, va a poder definirse de manera rígida, a partir de programas institucionalizados e implementados por el Estado. Por otra parte, este país que debe conocerse conformaría y definiría el nuevo sujeto nacional, un sujeto también rígido y fijo, el cual en el reporte se denomina “el nuevo nosotros”. Esta propuesta no solamente demuestra una cierta ansiedad ante la forma en que los inmigrantes puedan definir a la nación, sino que también se trata de una propuesta ajena a la realidad. En contraposición a esta idea, la producción cultural contemporánea nos proporciona un espacio donde podemos encontrar evidencia de la imposibilidad de fijar esta identidad de manera rígida, y de las múltiples y maleables fronteras que la transforman constantemente.

Finalmente, la idea en cuestión muestra la falta de un reconocimiento de la forma en que el proyecto de la identidad nacional ha erradicado culturalmente del espacio de visibilidad de la nación a la diversidad cultural y étnica. Es decir, hay una expresión melancólica de la identidad: se trata de una identidad que se basa en la pérdida del otro, pero es una pérdida que se niega, que no se reconoce. Y es también una pérdida que se silencia a partir del actual discurso de una apertura y pluralidad nominal. No es si no en los breves espacios de ambivalencia, en los fugaces momentos en que se visibiliza la incoherencia de la identidad nacional, que esta diversidad se hace evidente. La ambivalencia ante la identidad nacional que generan las migraciones es un espacio significativo, porque es allí donde las diferen-

tes culturas y grupos étnicos, los habitantes del dentro y del fuera de la nación, tienen la posibilidad de coexistir y de convivir. Esto al margen de la normatividad y la uniformidad establecidas por la versión tradicional de la identidad nacional, tal como ha sido definida por los parámetros de la modernidad y por la política estatal. En otras palabras, la diversidad se ha incorporado en el discurso actual de la nación solamente de manera nominal; visible en el discurso de la representación de la subjetividad, pero irónicamente visible de tal forma que invisibiliza la diversidad y contribuye a la reinstitucionalización de la identidad moderna de la nación como la única versión posible. Una versión todavía más marginalizante que la anterior porque se representa a sí misma como un espacio inclusivo.

Como lo he señalado en otros de mis escritos, la incoherencia del sujeto nacional para El Salvador no solamente se muestra en la ambigüedad de su subjetividad, sino también por medio de su carácter melancólico. El sujeto nacional es uno que existe en la ausencia del otro. Sea éste el indígena o el llamado “hermano lejano”, igualmente se trata de un sujeto que se nutre de su propia melancolía. En El Salvador de hoy día, no solamente la diversidad cultural y étnica problematiza la coherencia del sujeto nacional, sino también los procesos de desterritorialización de la nación que los masivos desplazamientos de población han dado lugar a partir de los años ochenta. En la ciudad de Los Ángeles, donde yo vivo, se genera una rica producción cultural y literaria que raramente se toma en cuenta tanto en Centroamérica como en los Estados Unidos. Es la producción literaria de los así llamados “hermanos lejanos”, “la generación 1.5”, entre muchos otros.

Lo local-transnacional desplaza a lo nacional

Las dinámicas culturales de la diáspora salvadoreña no siguen el mandato de la nación, sino que funcionan a partir de dinámicas alternativas de carácter transnacional. Tomemos como ejemplo el caso de las asociaciones

de salvadoreños o *Hometown Associations* (HTA). Estas asociaciones generan un espacio para la identidad y un imaginario cultural basado en lo local y no en la identidad nacional tradicional. Este cambio de punto focal traslada el espacio de definición de la identidad de la nación —y, por consiguiente, la relevancia de la ciudad capital— a un espacio local al interior de la nación. Sin embargo, es importante notar que la nación en este caso ya no es definida a partir de los límites establecidos por el territorio nacional. Se trata, en cambio, de la nación entendida desde una perspectiva transnacional, desde una perspectiva que requiere la desterritorialización de la identidad. En la experiencia de las HTA, el espacio a partir del cual se genera la elaboración de la identidad es el espacio local, el municipio. Por lo tanto, la nación es desplazada, pues ya no es la que genera los puntos de contacto para la comunidad que se reúne fuera del territorio nacional. Como ejemplo, quisiera mencionar mi propia experiencia. Yo soy de San Salvador; sin embargo, participo en una asociación de cojutepecanos. Con frecuencia encuentro cojutepecanos en el hospital de Los Ángeles, en las tiendas, en muchos espacios diferentes. Y al platicar con ellos, siempre es posible encontrar un punto en común: “¿Conocés a tal persona?” o “¿Qué tal está tu tío?” o “¿Viste que alguien bajó el busto de Monseñor? ¡Qué barbaridad! Pero la Alcaldía ya lo puso de regreso...”.

La información entre los cojutepecanos circula rápidamente de manera transnacional, vía correo electrónico, llamadas telefónicas, viajes y conversaciones. Y su ámbito es uno en el que es posible para los miembros de esta comunidad, tanto habitantes de Cojutepeque, como residentes fuera de Cojutepeque, encontrar puntos de encuentro y de conexión. En cambio, para quienes somos originarios de San Salvador, la experiencia es diferente y mucho más impersonal. Si bien los inmigrantes originarios de la ciudad de San Salvador podemos identificarnos y colaborar en Los Ángeles con un proyecto como el del hermanamiento de las dos ciudades, cuando encontramos en la ciudad de Los Ángeles a personas origina-

rias de la capital que no conocemos, nuestras conversaciones son de tipo más superficial:

—¿Usted es de San Salvador?

—Sí. ¿Y usted también?

—Sí. Yo soy de la Colonia Miramonte.

—Yo crecí cerca de allí, en el Pasaje Los Ángeles, al lado de la Gabriela Mistral, por el Boulevard de los Héroeos.

—Ah, sí, yo he pasado por allí. Es cerca de Metrocentro.

—Sí. Bueno, mucho gusto. Adiós.

—Mucho gusto. Adiós.

Partiendo únicamente de ser originarios de la ciudad de San Salvador, a los que procedemos de la capital, pues, nos es mucho más difícil encontrar un punto en común que nos permita crear comunidad. Por lo tanto, me interesa considerar la forma en que las HTA generan un espacio que, por estar basado en el imaginario del espacio local, presentan una importante alternativa a la perspectiva de la nación para la construcción de la identidad. Especialmente, cuando la identidad construida a partir del imaginario de la nación es mucho más rígida, mucho menos inclusiva, mucho menos diversa.

La industria de la nostalgia

Como muchos sabemos, ser inmigrante no es fácil. Para convertir a nuestro lugar de residencia en nuestro hogar, muchas veces recreamos a nuestro alrededor el país de origen: sembramos plantas tropicales en nuestro jardín y llenamos nuestra casa, e incluso nuestro refrigerador, de productos nostálgicos que quizá cuando vivíamos en El Salvador no siempre consumíamos. Con frecuencia recreamos nuestro lugar de origen en nuestro imaginario, y lo hacemos de manera idealizada. Comenzamos a verlo todo a través de los lentes de la nostalgia, que por supuesto son oscuros. Lo cual puede ser a la vez una fuerza generadora y una fuerza paralizante.

Tal como lo reconoce una serie de estudios sobre el consumo de productos salvado-

reños por parte de inmigrantes salvadoreños en Estados Unidos (ver Batres-Márquez, *et al.*, y Figueroa Hernández, *et al.*) y de reportes publicados por el Ministerio de Economía de El Salvador, la nostalgia no solamente alimenta nuestros propios sentimientos respecto a nuestro lugar de origen, sino también se ha convertido en una industria. La industria de la nostalgia informa las ventas de ciertos productos, particularmente el consumo de ciertas comidas: queso duro-blandito, loroco, horchata, alhuashte, frijol de seda y demás. Y aunque suena cómico, me parece que no debe tomarse a la ligera nuestra ingestión de estos alimentos de consumo nostálgico, pues de no haber tenido la importancia que tiene, el gobierno de El Salvador no le habría dado un papel prioritario a este asunto durante las negociaciones del Tratado de Libre Comercio para Centroamérica (CAFTA). De acuerdo con el Ministerio de Economía, ya en 2001 la exportación de estos productos constituía al menos un 10% del total de exportaciones de El Salvador a los Estados Unidos. Es decir, unos \$450 millones anuales.

Un sitio donde se genera, se fomenta y se consume esta industria de la nostalgia es el Departamento 15 de *La Prensa Gráfica*. En este espacio, la nostalgia se dirige y se enfoca de tal forma que las discusiones sobre migración muy pocas veces enfatizan de manera sostenida o permanente la dureza del viaje, los peligros que enfrentan quienes hacen el largo trayecto a través de México, sus posibles enfrentamientos con la Mara Salvatrucha al cruzar la frontera Guatemala-México, o con la milicia anti-inmigrantes (*Minutemen*) al cruzar la frontera México-Estados Unidos, o su posible encuentro con la Guardia Nacional de Estados Unidos. Aunque con alguna frecuencia este tipo de noticias surgen, circulan y luego desaparecen, lo que se enfatiza y tiene permanencia en el Departamento 15 son las historias del éxito que los inmigrantes mejor establecidos en Estados Unidos han logrado alcanzar. Un número de inmigrantes profesionales recibimos invitaciones por parte del Departamento 15 para llegar a formar parte de este muestrario de historias que ilustran el

éxito de la inmigración y que venden a potenciales inmigrantes la idea del viaje al norte. En este contexto, la experiencia generada por las HTA presenta la posibilidad de encausar la nostalgia más allá del consumo de estos productos, generando un espacio en el que como inmigrantes podemos participar en el devenir de nuestros lugares de origen o de nuestro país, y podemos reproducir y reelaborar la identidad cultural de nuestra comunidad, tanto aquí como allá.

Hometown Associations

En el espacio generado por la asociación a la que yo pertenezco, Cojutepecanos Pro-Cultura y Educación (COPROCE), el trabajo colectivo ha dado lugar a una dinámica de trabajo concertado bastante compleja. Esta dinámica requiere, entre otras cosas, la división del trabajo y de las responsabilidades de acuerdo al área de especialización o a las cualidades particulares de los diferentes miembros. Durante los años en que he participado en las actividades de esta asociación, he podido ser testigo de un proceso de profesionalización del trabajo que los miembros llevan a cabo. Este proceso se ha fundamentado en la experiencia de trabajo que los miembros de la asociación han ido adquiriendo y que ha incluido la elaboración de videos, de afiches fotográficos, la participación en conferencias telefónicas, la preparación de discursos o la representación de la asociación ante los medios de comunicación, en entrevistas con la prensa y demás.

Mi trabajo en esta asociación generalmente es en el área de publicidad, particularmente en la producción de hojas informativas y en la preparación de propuestas de proyectos y solicitudes de fondos a fundaciones determinadas. Sin embargo, cuando se trata de una fiesta, mi responsabilidad es la elaboración de los boletos de entrada, que se venden mucho antes del evento. Es decir, por lo general, el día en que se lleva a cabo una celebración o una "tardeada" mis responsabilidades se limitan a vender boletos de comida o bebida. Pero yo sé que esa mañana Herbert, Jesús y Pedro se han organizado para conseguir el hielo y las bebidas;

Esperanza y Claudia han organizado la comida y el menú; y Raúl, con la ayuda de Beatriz y de Claudia, se ha ocupado de la decoración del lugar, incluyendo la elaboración de lindos y profesionales afiches que informarán a la comunidad de los proyectos de COPROCE. Sé también que Esperanza ha negociado con la señora que llegará a preparar las pupusas y que Claudia ha conseguido el queso y la masa. Mientras que Douglas ha hecho las compras de otros ingredientes y los ha llevado en su *pick-up*, junto con las mesas y la plancha necesarias para que los comensales puedan sentarse cómodamente y que la señora pupusera pueda trabajar. Posiblemente Noy o don Toño han preparado su casa. Y sé también que todos nos hemos movilizado para llevar a nuestros conocidos al lugar de la “tardeada” o de la fiesta. Me he preguntado muchas veces, y casi todas las veces lo he preguntado en voz alta: ¿qué pasaría si alguien se olvidara de sus responsabilidades? Pero hasta el momento, nunca ha ocurrido, y cada vez la membresía ha ido especializándose y profesionalizándose más y más en su respectiva división del trabajo y responsabilidades de la asociación.

Aunque no conozco desde el interior el funcionamiento ni los procesos por medio de los que se organizan los eventos de las otras organizaciones, sí he asistido a muchos de ellos en Los Ángeles y he podido ver también la eficiencia de sus diferentes equipos de trabajo. Sin embargo, me parece significativo observar que esas fiestas o “tardeadas” no sólo producen ganancias, sino también una alternativa en la que podemos verter las energías generadas por esa misma cultura de la nostalgia. Sin duda, es una alternativa sobre la que los miembros de la Junta Directiva de COPROCE tienen poder de decisión y que genera un espacio para la producción de una identidad colectiva, no solamente como asociación, sino como inmigrantes cojutepecanos con una visión particular sobre su ciudad y con un claro interés en participar activamente en el devenir de su municipio.

En este sentido, los participantes en las HTA son mucho más que, como los define

Manuel Orozco, filántropos que trabajan por reducir la pobreza de sus comunidades. De hecho, el uso del término “filántropos” resulta cuando menos irónico al ser aplicado a gente que en su mayoría es de la clase trabajadora y cuyas comodidades cotidianas se ven enormemente reducidas ante la necesidad de contribuir —vía remesas familiares individuales o remesas colectivas enviadas por las asociaciones— al bienestar de la familia que han dejado atrás. Me parece, entonces, que podemos apropiarnos de este término si así lo queremos; sin embargo, al hacerlo tenemos que ser críticos y cuidadosos de no borrar las condiciones de vida y los sacrificios de este tipo particular de filántropos.

Muchas veces he escuchado también que el trabajo de las HTA debería profesionalizarse, volverse más eficiente, producir mejor, invertir mejor el dinero. Me parece que si bien serviría a la membresía de estas asociaciones obtener capacitaciones y conocimientos diversos, también es fundamental tener cuidado de no desnaturalizar la experiencia de las HTA. Ésta muchas veces contribuye a mantener el espíritu de sus participantes, genera un espacio comunitario y una conexión con el municipio, y fundamentalmente, le da un sentido muy diferente a la vivencia de la migración. En esta línea, quisiera enfatizar la importancia del trabajo concertado de las HTA a fin de posibilitar que las asociaciones sean sujetos en el proceso de definición del desarrollo local de sus ciudades de origen, así como en los proyectos que se lleven a cabo a partir de esta definición colectiva. En otras palabras, se trata de que todos nosotros, inmigrantes salvadoreños, no seamos etiquetados como “hermanos lejanos”, sino como lo que somos: miembros activos de nuestras comunidades. Es más, me parece importante que se genere un proceso de conocimiento mutuo, entre los de “allá” y los de “acá”, que permita intercambiar experiencias sobre el trabajo de recaudación de fondos de las HTA y la visión que su membresía tiene de sus ciudades y municipios natales.

Sin embargo, me parece también fundamental tomar en consideración la importancia

de la identidad cultural que estas asociaciones han generado en sus lugares de residencia en los Estados Unidos, es decir, “allá”, del otro lado. Esto permitirá a las asociaciones mantener la autonomía necesaria para seguir definiendo sus proyectos y dirigiendo sus metas de participación en el desarrollo local de sus municipios. Sobre todo, les permitirá seguir elaborando la definición de su propia identidad, de su destino, y de la forma en que quieren soñar a sus comunidades en El Salvador, sin las limitaciones establecidas por otros actores participantes. Particularmente es importante tener en mente, como lo señala Beth Baker Cristales, que la ideología neoliberal del libre comercio ordena la reducción de los gastos y los servicios del Estado en nombre de la competitividad y la eficiencia. Así, el concepto de eficiencia, al igual que antes ocurrió con el de progreso, corre el peligro de convertirse en un arma de doble filo: en su nombre podrían sacrificarse los procesos culturales que las dinámicas de las asociaciones generan. La pregunta no es, pues, si las HTA podrían ser más eficientes si se profesionalizaran o se asociaran con otras instancias. La pregunta, me parece, es si al hacerlo deberán necesariamente de dejar ser quienes son, si en este proceso institucionalizador deberían de renunciar también al espacio y a la identidad cultural que se han ido construyendo a través de sus años de trabajo.

Irónicamente, en el discurso público nacional de El Salvador, los inmigrantes que envían remesas han sido acusados con frecuencia de generar desempleo y falta de iniciativa. Esto en un país donde históricamente las tendencias demográficas han dictado patrones de relación con la mano de obra basados en la explotación y en el exceso de trabajadores. Es decir, el exceso de trabajadores ha garantizado que el maltrato a éstos no disminuya la demanda de empleo, pues siempre ha habido una persona dispuesta a tomar —su necesidad y la competencia lo obligan— el trabajo que otro no quiere. Incluso, como sabemos, muchas veces hay trabajadores dispuestos a decir: “Yo trabajo por menos si usted quiere. Yo trabajo más horas bajo peores condiciones. Por

favor, necesito el trabajo”. La cultura de las remesas puede darle a un obrero el privilegio de decir “ya no”, no porque sea holgazán o porque quiera ser un desempleado, sino porque las opciones y condiciones de trabajo en el país no le parecen las apropiadas. Sin duda, es difícil e incómodo para un país donde históricamente ésta ha sido la dinámica, enfrentarse con las nuevas opciones que generan las remesas para el sector de trabajadores.

De hecho, la posguerra ha dado surgimiento a una dinámica que ha trasferido las responsabilidades por el bienestar de la población del Estado nacional a la reinaugurada sociedad civil. En este sentido, me parece que organizaciones como las HTA se encuentran en difíciles circunstancias. En su reciente historia han sido excluidas del devenir nacional de su país de origen y de su país de residencia; viven en pobreza pero a la vez sus miembros son considerados filántropos; y llevan a cabo proyectos de desarrollo local que benefician a sus comunidades y municipalidades, hasta que se encuentran con formas, particularmente por parte del gobierno nacional, para regular su trabajo a partir de proyectos como el Programa Unidos por la Solidaridad del FISDL. Estos proyectos hacen posible emprender planes de mayor magnitud que los que las asociaciones pueden llevar a cabo de manera independiente, pero también imponen requisitos para la asistencia financiera y, por lo tanto, regulan de alguna manera el trabajo de las HTA. Baker-Cristales es muy clara al hablar de este punto: “Estos programas les permiten a los gobiernos fomentar ciertos tipos de proyectos al ofrecer fondos para ellos, mientras que desanima a apoyar otro tipo de proyectos. El gobierno también usa el apoyo de las HTA para beneficio político, animando a los inmigrantes y a sus familias a votar por uno u otro partido o administración. Y el gobierno puede al final también tomar el crédito del trabajo de desarrollo local que las HTA están haciendo” (p. 158).

Sobre todo, quisiera enfatizar en este punto: el trabajo de las HTA inaugura una posibilidad para generar un proceso cultural y

una identidad alternativa a los definidos por el proyecto de la nación. Y, aunque no tengamos tiempo aquí para discutir a profundidad los orígenes de ese proyecto, baste recordar que la nación en El Salvador ha sido desde sus inicios definida por medio de procesos excluyentes que han generado una historia de marginación tanto a partir del privilegio financiero como a partir del legado de las jerarquías étnicas heredado desde la Colonia. Además, ese proyecto de la nación no fue definido por la mayoría de sus habitantes, ni por un grupo representativo de su diversidad étnica y cultural, sino por una minoría criolla que buscaba mantener sus privilegios. Este imaginario de nación con herencia criolla no le dio nunca la importancia debida, por ejemplo, al trabajo manual ni al espacio rural, ni a las necesidades de los trabajadores, mucho menos a las necesidades culturales e identitarias de los diversos grupos étnicos que también forman parte de su población. Por el contrario, sus esfuerzos se han orientado hacia la uniformidad del sujeto nacional y a moverse en contra de la diversidad. En este contexto, el fortalecimiento de la identidad local, en el que participan e invierten tanto las HTA como los gobiernos municipales, puede cobrar relevancia porque contribuye a la descentralización de los procesos de institucionalización del Estado. Y el trabajo concertado y concentrado en el desarrollo local (en oposición al desarrollo de la nación en general) presenta importantes alternativas de descentralización. Me parece entonces que esta oportunidad es importante, siempre y cuando cada uno de los parti-

cipantes pueda hacerlo en calidad de sujeto y los procesos culturales e identitarios que su trabajo genere se enriquezcan y sigan siendo definidos por ellos mismos. En fin, siempre y cuando sus identidades locales y colectivas no sean sacrificadas en nombre de la eficiencia.

Referencias bibliográficas

- Baker-Cristales, B., *Salvadoran Migration to Southern California: Redefining El Hermano Lejano*, Gainesville: University Press of Florida, 2004.
- Batres-Márquez, P., Jensen, H. y Brester, G., "Salvadoran Consumption of Ethnic Foods in the United States", Center for Agricultural and Rural Development, Iowa State University, octubre, 2001.
- Documentos y discursos del Ministerio de Economía de El Salvador. Disponible en <http://www.minec.gob.sv/>
- Figueroa Hernández, E. L., *et al.*, "Estudio de mercado de productos étnicos en Estados Unidos", Ministerio de Economía de El Salvador, enero, 2003.
- Orozco, M., "The Salvadoran Diaspora: Remittances, Transnationalism and Government Responses", Tomás Rivera Policy Institute, febrero, 2004.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). *Informe sobre desarrollo humano El Salvador 2005. Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las migraciones*. Disponible en <http://www.desarrollohumano.org.sv/migraciones/idhes2005pdf/sinopsis.pdf>